

**Resistir con la paciencia de un cabrero:
apuntes sobre belleza, inteligencia y conocimiento,
a propósito del pastoreo en el Sur de Tenerife**

FERNANDO SABATÉ BEL

Geógrafo
Universidad de La Laguna



Don Rafael Rodríguez Hernández en una «tagora». El Rincón (La Laguna).
Fotografía cedida por don Eduardo Rodríguez Pérez.

«Yo me acuerdo de las cabras en Las Cañadas. Ya después ya las fueron retirando, las fueron retirando. Ya después eso se fue apretando, hasta en el Monte del Estado andaban. Pero entonces ya después ahí vinieron, una vez le caeron los guardas y mataron una partía dellas, otras las... Después ya eso se fue quitando tóo. Y la Cumbre se acabó, la Cumbre después que se dejó de podar la retama se acabó. La Cumbre la acabó no dejar cortar náa, y el Monte lo acaba no dejar sacar náa. Porque el Monte se da fuego hoy y arde completo, arde completo. Antes no había nada, ahí no había nada. Lo mismo que las retamas estaban limpietas, se llevaban el cisco, se llevaban el leñito seco, se podaban, qué más querían. Pero ahora nada, ahora nada. Y si no fjese usted cuando vaya por Las Cañadas pa que vea cómo está eso.»¹

Abril de 2004. Me asomo a la ventana una mañana de domingo, cuando la claridad apenas hace acto de presencia. Suficiente para comprobar que la barra de nubes se extiende en el horizonte frente al Valle de Güümar. La isla de Gran Canaria apenas se distingue en la penumbra, entre la bruma difusa y el anuncio de un temprano contraluz. El alisio comienza a reinar en estas fechas. Lo hará progresivamente con más fuerza hasta bien avanzado el verano. Menos mal que ciertos fenómenos todavía acuden, más o menos puntuales, a cumplir su ciclo anual.

Más pronto que tarde habremos de lamentar, y mucho, la pérdida casi total del sentido intuitivo en nuestras vidas. Un sentido que crece y se desarrolla en contacto y armonía con los ciclos de la Naturaleza, junto a los cuales coevolucionó el organismo humano desde el origen. La intuición, como todas las formas no mecánicas de inteligencia, tiende a quedar relegada a

¹ Don Juan Díaz González *el del Fondo* (Chimiche, 1930). Callao del Río, Arico, 22 de octubre de 2002.

una minoría de personas que se dedican, por ejemplo, al arte de manera profesional, lo que es sinónimo en nuestros días de actividad tasada y mercantilizada.

Al haber perdido, entre otras cosas, el sentido de la intuición, perdemos también, entre otras cosas, la capacidad de comprender en su sentido más profundo los rasgos de las sociedades vernáculas. Es decir, aquéllas que basaban su estrategia de supervivencia en un sentido mucho más extenso y rico de la inteligencia humana. La intensificación intelectual, que tan buenos frutos produjo, al pasar un cierto umbral propende al empobrecimiento de las personas en su sentido humano más profundo. En torno a estas ideas giran las líneas que siguen, cuya querencia mayor (antes que anticipar muchos datos novedosos) es agitar la reflexión en las conciencias lectoras.

El grueso de la población mundial ha estado sometida a duras condiciones de vida y explotación a lo largo de la historia, y lo sigue estando actualmente. Afirmarlo no supone más que constatar una realidad objetiva. Otra cosa, por desgracia frecuente, es cuando este tipo de reconocimiento lleva aparejado una especie de *transferencia* de esos padecimientos a la condición humana de quienes los sufren e, incluso, a su conciencia misma. El desconocimiento o, lo que es más grave todavía, la simple impotencia para comprender la imaginación que demuestran las comunidades humanas en toda clase de circunstancias hostiles (sociales y naturales) representa un lastre para muchas personas investigadoras que reducen sus análisis a la reproducción de un esquema previo y siempre repetido. ¿No se puede llegar, trillando siempre la misma vereda, a negar la posibilidad de que los trabajadores o los campesinos hayan podido desarrollar un sentido estético, a negarles incluso la posesión de una inteligencia propia? Si seguimos al pie de la letra la interpretación que hacen algunos aspirantes a intelectuales, es como si quienes pernoctaban en el campo junto a sus animales, desarrollaban esfuerzos energéticos brutales, o realizaban las tareas que hoy desempeñan las máquinas, hubieran desgraciadamente incorporado a sus vidas esos rasgos de animalidad, de brutalidad, o de conducta mecánica y no inteligente. Semejante perspectiva, pesimista, reduccionista y mecanicista (a la que no han sido ajenas algunas versiones vulgares de la tradición marxiana), no es capaz de reconocer la capacidad de lucha por desarrollar una vida lo más digna posible que han demostrado tener los seres humanos por doquier, con independencia de su historia y geografía (o más bien, a pesar de ellas). Una vida que es capaz de cargarse

de atributos cualitativos, incluso cuando las restricciones sociales y ambientales se lo ponen muy duro a la construcción social de condiciones humanas satisfactorias.

Otra cuestión, paralela a la anterior, tiene que ver con la obsesión por encontrar un sentido utilitario *inmediato* a todas las prácticas desarrolladas, en este caso, por el campesinado. No descubrimos nada nuevo si afirmamos que la mayor parte de las actividades de las personas campesinas, el ritual más o menos formalizado que las acompaña, su integración con los recursos del espacio, su encaje calendarístico, su adaptación al marco institucional más amplio, reflejan un sentido práctico y funcional, que en último término viene determinado por el aseguramiento de la reproducción social en términos perdurables. Miríadas de investigaciones coinciden al respecto. Ahora bien, nos interesa mucho destacar que esto no resulta incompatible, sino *todo lo contrario*, con la incorporación de un sentido estético a muchas de las cosas que se llevan a la práctica.

Recuerdo con viveza, entre tantas conversaciones sostenidas y registradas en estos años con personas campesinas del Sur tinerfeño, las palabras de un anciano de Chirche. Junto a otros familiares de la banda de Isora, ascendía forzosamente hasta los dos mil metros de altitud, desde su pueblo situado bastante más abajo, para arañar unas fanegas de centeno a una tierra pedregosa y dura, situada al pie del Teide Viejo. Durante aquellos días de trabajo en la Cumbre, cada tarde, al concluir la faena, subían todavía un poquito más, hasta el alto de una montaña vecina. Desde allí podían contemplar las espléndidas puestas de sol visibles desde esa parte de la Isla. Disfrutaban, en silencio, del efecto cromático y sensitivo sobre las rocas y el ambiente todo de Las Cañadas.

«Es que nos quedábamos cuando estábamos segando el centeno. Yo me quedaba ahí. Y venía a puestas de sol a ver paquí parriba a Las Cañadas, ahí a la Montaña de Chasogo de Arriba, que nosotros le decíamos a la montaña ésa. Ahí venía yo a puestas de sol pa ver ese silencio que había aquí dentro. Esa tranquilidad.»²

² Agradecemos su testimonio a don Vicente Delgado Rodríguez, de Chirche (Guía de Isora). Las Cañadas, 9 de mayo de 2003.

Un investigador inteligente y erudito como Lewis Mumford, que nunca renunció al sentido de la intuición, afirmaba convencido la siguiente idea: «Nuestras reacciones y nuestras normas de eficiencia y de belleza se derivan ambas ampliamente de nuestras reacciones al mundo vivo, en donde la adaptación correcta de la forma ha sobrevivido con tanta frecuencia.»³

El sentido estético, es decir, lo que hace que *de forma intuitiva* una mayoría de personas consideren algo bueno, correcto o armonioso, casi siempre coincide en la práctica con lo que es bueno, correcto y armonioso para la reproducción social a largo plazo. Abriendo todos los sentidos, cualquier persona es capaz de discernir muchos ejemplos: el empleo de materiales abundantes en el lugar; el desarrollo de paisajes agrícolas bien adaptados a las condiciones ambientales; el levantamiento de construcciones y artificios que por su buen acabado van a durar mucho tiempo; la producción de sonidos agradables pero que al mismo tiempo refuerzan la cohesión o cumplen alguna otra utilidad social. A menudo, sentido estético y sentido práctico no son, en el interior de una cultura vernácula, cosas diferentes: *son la misma cosa*. Estamos de acuerdo con Edward Goldsmith cuando afirma que la intuición estética es también un medio esencial para aprehender y comprender la relación con el mundo circundante, así como para establecer vínculos emocionales con aquello que es importante⁴. *Las cosas bellas tienden a ser, también, social y ecológicamente deseables*. Algunas prácticas campesinas del Sur de Tenerife, que comentaremos a continuación, pueden servir de ejemplo para corroborar lo hasta aquí afirmado.

Fue costumbre bastante generalizada el que los cabreros procedieran a homogeneizar en dos, tres o hasta cuatro tonos distintos —dependiendo del número de cabezas— el sonido de los cencerros que portaba su ganado. Buscaban con ello generar armonía en el sonido de la manada desplazándose y paciendo por los campos de pastoreo.

«Hombre, eso hay unas jierras amigo, y unos hierros que eso da gusto. Y que es bonito que usted vaya a ver una manáa cabras cantando, y los hierros tocando tóos al... Eso es como una guitarra. Le voy a decir la ver-

³ MUMFORD, Lewis (1998): *Técnica y civilización*, p. 274. [Edición original de 1934]

⁴ GOLDSMITH, Edward (1999): *El Tao de la ecología. Una visión ecológica del mundo*, p. 53.

dad, el que era cabrero, los collares los hacía tachaos como era debío. El que no era sino comedor de leche, no conocemos de cabras, porque el comedor de leche no va sino a sacar la leche a la cabra. Pero el cabrero que es cabrero...»⁵

Este propósito de afinación se conseguía con una paciente labor, a base de adelgazar los badajos con la navaja, o sustituirlos por otros más gruesos, siempre de madera dura como la Leña Blanca u otras.

«Eso mi padre ponía así la mano, y ahí lo iban afinando él, a ver el que estaba más bajo o más alto, y los dejaba todos como si fuera una guitarra y timplillo, un conjunto d'esos.»⁶

Este asunto, sobre el que llamó la atención hace tiempo el investigador palmero Talio Noda, no se debe reducir a la mera razón utilitaria de conseguir un sonido diferente para cada manada, que permitiera identificar a distancia quién era el propietario de una cabra. Sin negar esa utilidad adicional, ésta no explica el esfuerzo por generar una polifonía, basada en la conjunción armoniosa de varias notas diferentes y simultáneas.

Tal vez, debemos poner en relación la motivación musical de los cabreros con otros dos factores. En primer lugar, la relativa disponibilidad de tiempo que poseían estos trabajadores rurales durante la permanencia en los espacios de pastoreo. Apacentar el ganado constituye una tarea no sólo dura, sino esclava; el volteo y el ordeño no conocen descansos ni festividades del calendario (salvo el periodo de cría en el segundo caso). Reconocido este hecho, es cierto también que mientras se practica la actividad, existen momentos largos para el ocio. Un adagio que se escucha en algunos pueblos del Sur —suponemos que también en otras partes— advierte: «No te metas con un cabrero, porque tiene tiempo para pensar». Por eso no es extraño que muchas comunidades rurales dedicadas al pastoreo, en diferentes lugares, hayan desarrolla-

⁵ Agradecemos la información a don Juan Díaz González. Callao del Río (Arico), 22 de octubre de 2002.

⁶ Agradecemos su testimonio a don Vicente Delgado Rodríguez, de Chirche (Guía de Isora). Las Cañadas, 9 de mayo de 2003.

do elaboraciones artesanas, cierto folklore musical a partir de instrumentos fáciles de construir sobre el terreno (como las flautas), y hasta costumbres más singulares y consumidoras de tiempo, tal que dejar marcas o escribir el nombre del pastor sobre paneles de roca, desafiando su dureza a fuerza de restregar la punta de la navaja; práctica ésta última que hoy día resulta difícil de encajar, incluso para los cabreros actuales sometidos a la ausencia crónica de tiempo, a pesar de las ordeñadoras mecánicas y las plantas industriales de elaboración de queso.

«Yo trabajaba en esa finca y al canto arriba de los castañeros de la finca de José María, hay unas piedras que les decimos la Morra de las Piedras. Son unas piedras muy grandes. Pueden ser veinte o treinta piedras, más o menos, pero piedras, más grande que esto, claro. Se quedaron, y las usamos pa sentarnos, ahí cuando no estábamos haciendo nada, sino hablar, porque el sitio es muy vistoso. Claro, es como un mirador, y como estamos con bastante calma allí, hay unos nombres grabados, que los grabamos con un cuchillo, a punta cuchillo, haciendo una ranura en la piedra, dale que te dale. Y ahí están. Ésas tienen, pues las hicimos en año mil novecientos cuarenta y tres. Yo me imagino que no habrán quitado las piedras, no las habrán quitado, espero que no. Y están, ahí están tres nombres puestos: está el mío, el de un tío mío y el del un hombre de Araya. Nos reuníamos yo y mi tío cuidando las castañas, porque venían gente del Norte y de por ahí, venían y se llevaban castañas, a cuestras, pallá, porque había miseria, y nos sentamos a cuidarlas. Y el de Araya, porque era cabrero y estaba cuidando las cabras ahí, y entonces, nos reuníamos y como desde aquel sitio divisábamos todo.»⁷

En segundo lugar, no se debería obviar que, como señalamos más arriba, también existe un sentido y una preocupación estética en el interior de la cultura vernácula, que no tiene por qué resultar incompatible con la eminente funcionalidad de todas las prácticas conducentes a la reproducción social. Aunque a menudo no se sepa (o no haga falta) expresarla en forma de conceptos verbales abstractos, esta búsqueda innata de la armonía estética parece

⁷ Agradecemos la información a don Félix Guanche Bello (1931). Malpaís de Candelaria, 4 de noviembre de 2002.

consustancial al ser humano en cuanto tal. Es parte de su *naturaleza humana* (valga la aparente paradoja). Y se pueden encontrar múltiples manifestaciones de ella, aún entre las personas campesinas más pobres, y también en los momentos más duros y difíciles.

El tiempo disponible durante la estancia en los campos de pastoreo también se debe poner en relación con la práctica de ciertos juegos de inteligencia. Esta interesante parcela de la tradición cultural fue puesta de manifiesto en 1987 por García Talavera y Espinel⁸, y concretada más recientemente por el segundo para el caso del Sur de Tenerife⁹. Como señala este autor, se trata de juegos que implican, aparte del aspecto puramente lúdico, cierta capacidad de abstracción, estrategia, concentración y donde la inteligencia es la base principal para la consecución del resultado positivo. Estas manifestaciones lúdicas se desarrollan generalmente en espacios geométricos concretos, a modo de tableros. Algunos de estos dameros se podían improvisar sobre la marcha, pero otros resultan imperecederos al haberse elaborado con tiempo suficiente, labrando líneas sobre una laja de piedra basáltica o fonolítica. Los juegos, que son siempre un eslabón fundamental para la socialización de las personas, debieron desempeñar además en este caso un importante nexo de comunicación entre personas adultas, y entre éstas y las más jóvenes, contribuyendo a integrar al grupo social¹⁰.

Otra referencia cultural con estrechos vínculos culturales a la que debemos hacer mención es la existencia de un *lenguaje del silbo* en el Sur. Probablemente fuera Juan Bethencourt Alfonso el primer autor que dejó constancia escrita de que entre los pastores de la Comarca existía aún en el siglo XIX un sistema de lenguaje silbado cuyo uso se desvanecía ya en aquellos tiempos.

«Ahora he descubierto que en Vilaflor se entienden silbando, como en La Gomera, muchas personas; y que esto viene de antiguo. También hay en Granadilla muchos que se entienden también silbando, en los altos de

⁸ GARCÍA TALAVERA, Francisco y ESPINEL CEJAS, José M. (1989): *Juegos guanches inéditos*, cfr. passim.

⁹ ESPINEL CEJAS, José Manuel (2003): «Los juegos tradicionales de inteligencia en Arona», pp. 29-35 en *Arona. Cuaderno de Etnografía* n° 1.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 29-30.

Arico, por Chajaños, etc. [...] Aún hoy se hablan algunos en Barranco Hondo y otros puntos, pero en muchísima menor escala que antes»¹¹.

Sin embargo, en la zona de Arico se ha mantenido hasta tiempos recientes la memoria de aquel modo de comunicación a distancia, y aún la constancia de su práctica entre la generación anterior a la de los actuales ancianos del municipio. No se trataba de un mero sistema para anunciar la presencia mediante algún sonido conocido por los familiares o allegados: en su trabajo recopilatorio sobre juegos y actividades de la infancia de Arico, Maxi Álvarez deja constancia de que se emitían *frases completas*; esto es, se podía mantener una conversación mediante el silbo, costumbre que como es bien sabido ha pervivido en la isla de La Gomera, de donde se pensaba que era exclusiva¹². Aunque Bethencourt Alfonso atribuía a esta costumbre un origen guanche (ascendencia que no se puede descartar) cabe pensar también que se tratara de una práctica introducida por los gomeros desplazados a Tenerife para trabajar como pastores tras la Conquista de esta última Isla, pudiendo haberse transmitido y conservado este sistema de comunicación entre sus descendientes. Ahora que el Silbo Gomero acaba de ser presentado —y tiene muchas posibilidades éxito— para su declaración como *Patrimonio* (intangibles) *de la Humanidad*, ¿no merece la pena reconstruir, hasta donde sea posible, la existencia de un lenguaje articulado similar en el Sur de Tenerife?

La negación de la capacidad creativa e inteligente del pueblo trabajador y campesino lleva también a desconocer por completo lo mucho que éste puede aportar para una adecuada interpretación y ordenación de los recursos naturales. Cada año, se titulan en Canarias, como en todos sitios, decenas de jóvenes profesionales cuyos estudios tienen que ver, al menos en un plano teórico, con varias dimensiones de las materias que acabamos de citar (biólogos, geógrafos, ingenieros agrónomos...). Cada año fallecen en Canarias, como en

¹¹ BETHENCOURT ALFONSO, Juan (1994): *Historia del Pueblo Guanche. Tomo II*, p. 503.

¹² ÁLVAREZ PÉREZ, Maxi y Asociación de Tercera Edad «Abona» de Arico (1995): *Nuestra infancia y otros juegos en Arico*, p. 137. Se cita el caso de una vecina que en la actualidad «recuerda algunas frases, ya que su padre estaba continuamente silbando».

todas partes, decenas o cientos de personas ancianas, peritas en su interacción con la Naturaleza durante una prolongada etapa de su existencia. ¡Qué poco hemos avanzado en tender puentes para la comunicación entre ambas generaciones, entre ambas formas de conocimiento, útiles y complementarias! No habrá sido porque desde la Etnografía y otras disciplinas humanísticas, no haya habido quién abriera ese debate desde hace ya muchos años¹³.

Lo sucedido con la vegetación del Parque Nacional de Las Cañadas y su entorno constituye un buen paradigma. El medio siglo transcurrido desde su establecimiento suministra una oportunidad para reflexionar con serenidad. Si analizamos *la Cumbre* de Tenerife (especialmente si pensamos en ella *desde el Sur*) podemos advertir claramente la desconexión creada entre las personas campesinas que habitaban en su proximidad y explotaban los recursos del ecosistema, y los que establecieron el Parque Nacional con todas sus restricciones en el año 1954. Clasificar un entorno 'natural' como espacio 'protegido' da lugar a una diferenciación social de sus percepciones y usos: los que utilizaban el espacio como una herencia secular siguen viendo en él, aún cincuenta años después de la declaración, un recurso esencialmente productivo; recuerdan perfectamente cómo fueron privados de aprovechamientos que resultaban esenciales y bien integrados en aquel contexto histórico, y como quedaron (y siguen estando) excluidos de la gestión.

«La cabra no le hace daño ninguno a la retama. La podona no le hace daño en la retama, la hoz chiquita que no tiene dientes, la podona que usa el camellero para cortar la retama. ¿La podona, podarlas? Lo que le hacía daño a la retama era el carbón. Por lo menos quitar los carboneros, eso sí era lógico que los quitaran, pero a las cabras y a los camelleros no tenían que haberles cerrado Las Cañadas. Porque fue... aparte que era la forma de mantener sus camellos. [...] Que ahora ya las retamas no sirven.»¹⁴

¹³ Así, en su obra seminal, Manuel Lorenzo Perera (1983): *¿Qué fue de los alzados guanches?*, plantea de forma valiente el conflicto de intereses y de formas de racionalidad suscitado entre los pastores y el Estado encargado de la administración forestal en la primera mitad del siglo XX.

¹⁴ Agradecemos la información a don Claudio Delgado Díaz, de San Miguel. Las Galletas, 9 de agosto de 2002.

El control de todos los recursos de Las Cañadas fue a lo largo del lento proceso histórico de ‘modernización’ económica, un objetivo esencial de las élites de La Orotava. Como reconoce un autor tan documentado como Tomás Méndez (que, sin embargo, escribe con la perspectiva documental e ideológica del *Norte*):

«El Ayuntamiento de La Orotava, dominado durante siglos por la oligarquía agraria, desconfiaba de aquellas empresas [...] que pudieran derivarse en el uso y explotación de los recursos hídricos de Las Cañadas del Teide. Estos bienes eran considerados por la clase dominante como de su gestión y aprovechamiento exclusivo, a sabiendas de que estaban fuera del ámbito de las suertes de su propiedad.»¹⁵

La perspectiva que se posee desde el Sur, tanto desde sus élites como desde los sectores populares, era bien distinta.

«Quitar Las Cañadas al Sur de Tenerife es el crimen mayor que se ha hecho en la historia. Eso fue lo más grande que se hizo. La tragedia no fue sólo las cabras, la tragedia fueron los camellos. Los camellos y los burros. ¿Cómo vivían los camellos? De retama y pencas. Fíjate que llegaban diez o doce camellos, le quitaban la... le quitaban no, los hacían ir a La Orotava, los desnudaban allá, de silla, bastar, pretal y tajarrón, todo lo que tenía el camello, venía con la cabuya y la sogá de... pelaos. Había que hacer otra silla, porque ésa no se la devolvían ya más nunca, las quemaron y no se las devolvieron más. Una vez mataron a un chico del Frontón [barrio de la zona alta de San Miguel] en la parte alta de Las Mesas con un fusil de... los guardas. Unos guardas que no eran, yo no sé si eran guardas si eran... los nombraban de guardas pero eran unos asesinos. Eso fue el crimen mayor que se ha hecho en el Sur, cerrar Las Cañadas, en la época más difícil, eso fue después de la Guerra. Tú sabes que Las Cañadas eran de Vilaflor, de Granadilla, todos esos municipios lindaban con el Teide. Arico, Fasnía... San Miguel y Arona no tenían Cumbre. Pues ésa fue la época que les quitaron la Cumbre a los municipios del Sur y la época que cerraron Las Cañadas. [Entrevistador: “¿En esa época no hubo protestas de la gente, de los ayuntamientos del Sur?”. Respuesta del informante:] ¿A quién

¹⁵ MÉNDEZ PÉREZ, Tomás (2000): *Antecedentes Históricos del Teide y Las Cañadas*, p. 31.

le protestabas, cuando La Orotava es la que mandaba? La Orotava es la que mandaba.»¹⁶

Los gestores y buena parte de los actuales visitantes, en cambio, propenden a realizar una mirada más ambientalista sobre el Parque, percibiéndolo y utilizándolo como un paisaje del que se puede obtener placer, a través de una mirada amable y, en buena medida, inventada y utópica. Desde este punto de vista, Las Cañadas y el Teide resultan una construcción cultural, inventada por quienes *escriben la historia* y no tanto por quienes la *padecen*. Como han señalado algunos investigadores para el caso del Parque Nacional de Doñana:

«Los parques y las reservas, en una escala comercial, vendrían a ser un ejemplo de mercancía cultural de evocaciones románticas y alto valor de mercado, al menos vista desde las capas ilustradas de las áreas urbanas; no tanto desde las sociedades rurales más próximas al espacio ‘natural’ acotado. En términos postmodernos, cabría decir que en estos ‘santuarios’, tomados como hechos discursivos, se reúnen, en el escalafón preciado de su gama semántica, los dos paradigmas hegemónicos en el discurso ambiental contemporáneo; el ético-utópico y el tecnocrático.»¹⁷

La prohibición de apacentar el ganado se extendió con posterioridad al resto de la Cumbre, en el momento en que intervino la administración del Estado —recuperando en algunos casos la propiedad, a través de compras— pero ahora para proceder a ‘repoblaciones’ forestales. Este hecho marcó el inicio de la decadencia definitiva de la vieja ganadería trashumante, a partir de los años cincuenta.

«Uno fue convenio con los ayuntamientos, lo que se llamaba consorcio, y los otros fueron los que yo le dije, que el Patrimonio [Forestal] compraron varias fincas, compró unas en Vilaflor, aquello fue yendo hacia Granadilla, no me acuerdo cómo se llaman ahora las fincas, compró esas, compró Chi-

¹⁶ Agradecemos la información a don Claudio Delgado Díaz, de San Miguel. Las Galletas, 9 de agosto de 2002.

¹⁷ OJEDA RIVERA, Juan F.; GONZÁLEZ FARACO, Juan Carlos; VILLA DÍAZ, Juan (2000): «El paisaje como mito romántico: su génesis y pervivencia en Doñana», pp. 343-356 en: MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y SANZ HERRÁIZ, C. (eds.): *Estudios sobre el paisaje*.

visaya. Y después en convenio todas las Cumbres de Arafo se consorciaron, que ahí no había nada, ahí no había pinos nada, ni codesos, ahí no había nada. A quien más afectó fue a los cabreros, entonces se les hizo presión y hubo que quitar las cabras del Monte. Porque esas Cumbres donde se hicieron las repoblaciones eran de pastoreo. Se hacían redadas con los guardas, yo no estaba de guarda todavía, se juntaban guardas de todos los pueblos y se iba a dar el tiro a las cabras. Porque claro, les decían que las quitaran y no las quitaban. A última hora las tuvieron que quitar. Fue duro. [...] Con todo, pero salieron, unos salieron por las buenas, otros salieron por las malas, guardándoles [apresándoles] las cabras. Eso tendría que haber sido cuando las repoblaciones ésas, por los años cuarenta y poco. Esa gente no recibió ninguna indemnización: pastoreaban ahí, con el beneplácito del ayuntamiento, sin permisos ni nada, ni tengo yo idea de que los ayuntamientos les cobraran tampoco ni un canon ni nada de eso.»¹⁸

Las grandes manadas de cabras vieron restringido su tránsito por un doble movimiento ‘envolvente’: en la Cumbre, se prohibió, *manu militari*, el pastoreo. En la Costa, se extendió la nueva agricultura más propiamente capitalista de tomates, se sorribaron los malpaíses y buena parte de los antiguos espacios de pastizal; tan sólo quedó en ellas una forma de ganadería restringida a circular en el interior de las mayores fincas aprovechando los espacios en barbecho (pues hubo que esperar a una nueva oleada de intensificación que no dio comienzo antes de los años setenta del siglo XX para que se abandonaran fórmulas de cultivo extensivo e itinerante del tomate dentro de estos grandes predios). Los cabreros, como elementos esenciales de las nuevas fincas, se adaptaron a su renovada función de suministro de abono orgánico a las explotaciones tomateras de la Costa, *resistiendo* la estación seca a base de alimentar el ganado con tomate *de repudio* (la zafra canaria concluía poco antes del verano, cuando entran en el mercado las producciones europeas que no exigen costes de transporte ultramarino), y de piensos importados llegados en los barcos, tal vez los mismos que cargaron los tomates en sentido inverso. Por su parte, la Medianía, hasta su crisis definitiva en el último tercio de la centuria, siguió desempeñando un papel central en la producción de la subsis-

¹⁸ Agradecemos la información a don Imeldo Izquierdo Armas (antiguo guarda forestal). Gúímar, 30 de septiembre de 2002.

tencia y no estaba en condiciones de acoger la carga ganadera que antaño discurría arriba y abajo de la misma. En este contexto, los cabreros se vieron circunscritos a un espacio cada vez más reducido y en competencia con otras actividades, lo que los convirtió en seres en permanente conflicto con los campesinos agricultores.

«¿Los cabreros? Con una piedra siempre en la mano pa tirarle a las cabras y todo, porque eso a las cabras le ponían los guardas denuncias a montones, a denunciarlos, porque las cabras iban por los caminos y se saltaban a las parras... un pámpano que cogieran, ya se estaban denunciando, y eso estaban los cabreros siempre con una piedra en la mano. [...] Algunas personas tenían hasta que hacerle un papel, porque si no... Le daban para pastorear alguna persona que tenía un terreno, porque pastoreaban en los terrenos de ellos y tenían que hacerle un papel, y firmarlo y tenerlo en la mochila pa cuando el guarda llegara decirle al guarda que tenía permiso, porque si no lo denunciaba.»¹⁹

El oficio de pastor, que pudo haber llegado a tener en el pasado una consideración social mucho más positiva —sobre todo en la comarca de Abona— conoció de este modo un cierto desprestigio, avanzando hacia la marginalidad.

«Normalmente, el que tenía una manada de cabras, porque no tenía donde ponerla, ni tenía terreno, o sea el ser cabrero era un poco como... la persona que no tenía nada, nada, no tenía otra cosa de qué vivir, y entonces compraba cuatro o cinco, diez o doce cabras, las que pudiera, y vivía de eso, porque el que tenía terrenos no se dedicaba a guardar cabras, era una profesión un poco baja, mal mirada. Te miraban como... no como un delincuente ni nada de eso, sino como un oficio muy ordinario, y entonces no lo usaba sino el que no le quedaba más remedio.»²⁰

Antes de cerrar este artículo, conviene repasar las siguientes consideraciones. Existen diferentes mecanismos a través de los cuales se podía resolver la

¹⁹ Agradecemos la información a don Félix Guanche Bello. Malpaís (Candelaria), 4 de noviembre de 2002.

²⁰ Agradecemos la información a don Félix Guanche Bello. Malpaís (Candelaria), 4 de noviembre de 2002.

alimentación de los animales domesticados en los sistemas campesinos vernáculos. El alimento que consumen los animales puede ser extraído directamente de la Naturaleza. Otra forma de obtenerlo es mediante la agricultura, que en este caso no produce alimento humano de forma directa, sino a través del escalón intermedio del ganado. También cabe una tercera vía, intermedia, para resolver la alimentación animal: seleccionar semillas de una especie de interés forrajero presente en la Naturaleza y favorecer que se propague mejor por medio de su cultivo o gestión adecuada, pero desarrollando esta labor *en el interior del propio ecosistema*, donde ya aparecía antes de la intervención humana, *sin alterar sustancialmente su estructura*.

Conviene, al respecto, precisar: hablamos del aprovechamiento de una serie de ecosistemas en estado 'natural' llevado a cabo a través de determinados animales gestionados por los seres humanos, ya fueran las cabras, las ovejas, las abejas, u otros. Conviene entrecomillar el término *natural*, por cuanto se puede suponer que cientos (o un par de miles) de años de práctica del pastoreo tuvieron que tener necesariamente algún efecto sobre los ecosistemas originales: el ramoneo estacional tiene lugar de modo mucho más intenso sobre las especies hacia las que el ganado orienta su querencia, afectando de forma más limitada a otras de inferior calidad bromatológica, y dejando intactas a aquéllas de peor palatabilidad; también puede ocurrir que los pastores evitaran por diversos medios la proliferación de estas últimas. Lo mismo se puede decir de la apicultura: debido al aumento del número original de abejas que existen potencialmente en el ecosistema, se multiplica la polinización de las especies de mayor aptitud melífera, que pueden alcanzar un desarrollo superior al de otras.

La prueba empírica de este aserto es lo que efectivamente ocurrió en Las Cañadas del Teide, tras su declaración como Parque Nacional a partir de 1954 y la definitiva erradicación del pastoreo y otros aprovechamientos campesinos en su interior —aunque estas prácticas, como han demostrado Manuel Lorenzo Perera y Tomás Méndez, ya se venían limitando desde finales del siglo XIX—. Se ha puesto de manifiesto repetidas veces que aquel espacio conoce una transformación dinámica desde entonces y que su estado actual en poco se parece al que existía hasta mediados del siglo XX²¹.

²¹ Véase, por ejemplo, ORTUÑO MEDINA, Francisco (1980): *Los Parques Nacionales de las Islas Canarias*, p. 63.

Una evolución que está lejos de haberse completado, como lo muestra el caso de una especie subarbutiva (*Pterocephalus lasiospermus*), para la que la comunidad científica se ‘inventó’ el nombre de Rosalillo de la Cumbre, por desconocer, y no preocuparse en indagar, su nombre vernáculo. Los campesinos, al menos los del Sur de Tenerife, se referían a ella —con cierto desdén, al no servir de forraje— como ‘Ramo Blanco’. Antaño constituía una especie rara, llegando a afirmarse que pudo estar en peligro de extinción²². Su ‘recuperación’ en los últimos años puede considerarse como espectacular, expandiéndose por todo el territorio de Las Cañadas y, en especial, formando parte de una comunidad primicolonizadora de bordes viarios, taludes y espacios alterados²³. Sin embargo, la perspectiva de la comunidad campesina es muy diferente:

«Aquí no había sino retamas y poleo, y por allí pabajo igual, y ya no está. Ni estos ramos estaban, nosotros le decimos ramos blancos. Aquí había unos codesos, que nosotros subíamos en el alto de los codesos, mira, eso floreció, muchacho, y eso lleno de cerrillos por ahí parriba. Y hoy no se ve codeso ninguno. No, qué va, los ramos blancos se comió todo. Eso se terminó. Mira, eso era pa quitarlo y limpiarlo. Pero esto estaba todo lleno de retamas y yo mirando que no se ve ni una, sino ese demonio de rabos blancos, que eso se comen todo. Estos ramos no estaban sino en la montaña aquélla, la montaña de Chasogo. Están estorbando toda la Cumbre ésta, esos ramos se comen las retamas y todo.»²⁴

Los efectos del cese del ramoneo y la poda periódica de una planta de crecimiento tan lento como la retama, sólo se pueden percibir en el largo plazo. Quizás ahora empecemos a estar en condiciones de identificar sus reales efectos. La opinión prácticamente unánime de todas las personas consultadas, desde Güímar hasta Guía de Isora, coincide en el deterioro que presen-

²² *Ibidem.*

²³ WILDPRET DE LA TORRE, Wolfredo y MARTÍN OSORIO, Victoria Eugenia: «Flora vascular y Vegetación», en: Varios Autores (2000): *Parque Nacional del Teide*, pp. 108-109.

²⁴ Don Vicente Delgado Gorrín (1930) y doña Rosalba Placeres Gorrín (1931), naturales de Chirche. Las Cañadas, 9 de mayo de 2003.

tan los retamares de la Cumbre en la actualidad, achacando ese mal estado a la desaparición de los aprovechamientos. Aunque las razones de este fenómeno puedan ser más complejas, abrigamos la convicción de que la evaluación definitiva de lo que supuso eliminar por completo la intervención humana 'tradicional' sobre ese ecosistema está aún por realizarse; y, tal vez, esa evaluación deberá marcar distancias respecto al triunfalismo de ciertas lecturas que, no por bienintencionadas, se libran de un marcado reduccionismo biologicista.

En este sentido, merece la pena llamar la atención acerca de los estudios sobre el *mutualismo*, los cuales conocen una renovada atención en Ecología durante los últimos años. Las personas que cultivan esta rama de la ciencia vienen observando un número cada vez mayor de relaciones parasitarias o predatorias que, examinadas en detalle, evidencian su carácter cooperativo. Según este punto de vista, se afirma entre otras cosas que:

«La imagen habitual de la relación entre los animales que pastan y las hierbas con que se alimentan es totalmente errónea. Mientras que los ecólogos han tendido a ver las plantas como algo relativamente pasivo, ahora vemos claramente que las plantas son capaces de responder al pastoreo de una manera muy dinámica, llegando a desarrollar un crecimiento compensatorio y asimilar la recolocación.»²⁵

Un investigador como el citado al pie señala hasta nueve formas diferentes en que la relación entre los animales pastores y los pastos con que se alimentan puede juzgarse como mutualista. Otros, en la misma dirección, llegan más lejos: destacan que los herbívoros y los pastos que éstos pacen han llegado a coevolucionar *«hasta el punto de que uno no sería posible sin el otro»²⁶*. Una conclusión sorprendente, por cuanto el concepto es idéntico (aunque expresado con diferentes palabras) al que sostienen todos los campesinos sobrevivientes que se vieron privados hace más de cincuenta años de los aprove-

²⁵ MCNAUGHTON, S.J.: «Grazing as an optimisation process: grass ungulate relationships in Serengeti», *The American Naturalist*, vol. 13, nº 5, 1979, pp. 695-702.

²⁶ OWEN, D.F. y Wiegert, R.G.: «Mutualism between grasses and grazers: an evolutionary hypothesis», *Oikos*, 1981, pp. 376-491.



chamientos de la vegetación en la Cumbre. Aquí se encuentra otro campo abierto a una investigación menos apriorística, que sería bueno que contara con la opinión de estas personas.

Si una conclusión provisional se puede extraer por ahora es la del convencimiento pleno y unánime, en el seno de las comunidades rurales, de que los pastizales de la Cumbre se encuentran en un estado de degradación, cuya causa principal radica en el abandono del pastoreo. Una idea pocas veces registrada en los libros, pero sí en ese otro almacén del conocimiento y la inteligencia vernácula, que es el cancionero popular. Así lo registró la creatividad poderosa de un heredero de esta forma de pensar y conocer, don Florentino Melián Évora, de Chío, que había nacido en 1911 y falleció recientemente. Valgan estas coplas suyas como homenaje a su memoria.

*«Yo lo digo todo esto
y que queden advertidos
después que falta el ganado
la retama se ha perdido.»*

